

La guerra inacabada de la nueva Europa*

Luisa Cremonese

LOCURA

No es cierto
que me haya violado
un batallón de enmascarados
marchando en la oscuridad

No es cierto
que mi cuerpo
se volvió una muñeca
en las garras de lobos
en una explosión de violencia

No es cierto
que mi alma se espantó
por el ruido de las cadenas
de las bestias ciegas
en su viaje sin retorno

No es cierto
que mis pechos eran chicle
de unos bastardos hambrientos
en medio de su juego

No es cierto
que mi padre, mi esposo

* Se agradece a todos los grupos de mujeres de Kosovo su apoyo y colaboración para recoger la información utilizada en este artículo. Aparte de los documentos mencionados en el texto, se consultaron los informes publicados por el International Crisis Group (ICG), el Helsinki Human Right Watch y los informes periódicos del AC-NUR sobre el programa Kosovo Women's Initiative (KWI).

tenían vergüenza de mí
después del desastre

No es cierto
que mis hijos miraban
debajo de la mesa
como me quebraban las piernas

No es cierto
que monstruos se rieron de mí
tocando mi cuerpo desnudo
no es cierto,
no es cierto,
que rasuraron mi cabeza
para marcarme como derrota

No es cierto
que yo soy una mujer
que quiere escapar
de la pesadilla de una batalla perdida
que no era la mía

No es cierto...!
Yo estoy viva!
Yo soy hermosa!
escúchame!
mírame!

Shqipe Malushi
Las mujeres de Kosovo

La primera vez que encontré a Arbeshja, en julio del 2000, estaba con su familia celebrando el primer año desde cuando volvió del campamento para refugiados de Kukës, en Albania. Ella nos saludó y nos invitó a tomar café dentro de la carpa de lona que les servía de casa. “¿Cómo lo ven? –nos preguntó–, hemos instalado la carpa en lo que antes era nuestro jardín”. El lugar estaba limpio y en orden. Atrás de la carpa se veían los restos de la casa y junto a lo que fue un muro de la misma, se levantaba una fila de ladrillos nuevos.

Arbesha tiene siete hijos, la hija mayor de quince años. Su esposo desapareció. Cuando la familia se fue para escapar de la guerra, él se quedó en la casa para cuidar la propiedad. Nadie sabe qué le sucedió. Arbesha lo esperó en el campo de refugiados, preguntó a todos los que llegaron después de ella, luego regresó esperando encontrarlo; pero no halló rastros de él, y de la casa no quedaban más que ruinas.

Agradecemos el café y le explicamos la razón de nuestra visita. Estamos monitoreando la implementación del programa llamado Kosovo Women's Initiative (KWI), patrocinado por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). "Hemos llegado, explicamos a Arbesha, porque eres una cliente del proyecto de microcrédito del KWI". Sin embargo, después de escuchar su historia, me sentí incómoda y fuera de lugar preguntando sobre los términos de su crédito, las cuotas de restitución y el éxito de su negocio. En mi cabeza, ella representaba el ejemplo perfecto de mujer vulnerable: jefa de familia, viuda, la casa en ruinas, siete niños que criar y nada de plata. Mientras, Arbesha, mi ejemplo de vulnerabilidad, me lleva hacia un quiosco, que ella rehabilitó, y en donde abrió una pequeña tienda con su crédito de 750 dólares. Adentro hay apenas espacio para una persona a la vez. La tiendita vende un poco de todo: revistas, periódicos, refrescos, dulces y cigarros. "Terminaremos de pagar el crédito dentro de dos meses—continúa Arbesha—, luego solicitaremos otro crédito para agrandar la tiendita y empezar a vender diarios también". Sus dos hijos mayores, una muchacha y un muchacho, ayudan a la madre a mantener el negocio abierto doce horas al día. "Estamos comprando los ladrillos que viste al lado de la pared, y una agencia internacional nos visitó y ahora nos va a apoyar con el techo. Pasaremos el invierno en la casa", dice Arbesha sin disimular su alegría.

Un año más tarde vuelvo a la misma ciudad para visitar nuevamente a las clientes del proyecto de microcrédito. Arbesha está en mi listado, porque consiguió un segundo crédito, como era su deseo. "¿Qué tal, Arbesha?" Ella sonrío y nos enseña la casa atrás de ella. La segunda planta está todavía sin acabar, hojas de plástico con las siglas del ACNUR reemplazan provisionalmente el cristal de las ventanas. "Pasamos el invierno en la casa"—me dice la hija mayor.

“Una impresión sobrepasa todas las demás”, escribió en sus apuntes de campo hace más de diez años Susan Forbes Martin, autora de varios estudios sobre refugiados y mujeres refugiadas en particular, “las caras de los refugiados son, en su mayoría, las caras de mujeres y de niños y niñas”. Esta es una realidad también hoy en día, cuando –según datos del ACNUR–, mujeres, niños y niñas constituyen más del 70% de toda la población desplazada.

Tradicionalmente, la asistencia y la protección a la población refugiada se ha fundado en el prejuicio que relacionarse con los hombres jefes de familia fuese suficiente para satisfacer también las necesidades de mujeres y niños. De hecho, los hombres refugiados son los que se ven en las colas para recibir documentos, comida, materiales para las viviendas y servicios de salud. Los hombres han estado entre los primeros, y muchas veces los únicos, en ser considerados para el otorgamiento del estatus de refugiado o, como solicitantes de reasentamiento. En las estructuras organizativas de los campamentos de población refugiada y en las negociaciones para la paz o para el retorno, las caras de los participantes son, una vez más, en su mayoría las de los hombres. Esta realidad histórica nos hace preguntarnos: ¿Dónde están las mujeres?

En la actualidad, las diferentes necesidades, recursos y experiencias de las mujeres refugiadas y desplazadas o que han sido de una u otra forma afectadas por la guerra, han sido por lo menos formalmente reconocidas. Desde 1989 el ACNUR, entre muchas dificultades y contradicciones, está promoviendo, junto con las mujeres y los hombres afectados, una manera diferente de trabajar con la población. A través de consultas formales e informales con todos ellos, se pudo entender las consecuencias de la marginación y exclusión de las mujeres desde los proyectos, servicios y actividades de asistencia y protección. Este ejercicio fue una oportunidad para levantar el nivel de conciencia sobre las importantes contribuciones a la protección y bienestar de la población cuando se les otorgan los recursos y se les reconoce como participantes activos, y no meros beneficiarios. El reconocimiento de esta realidad vino con la publicación por parte del ACNUR de la “Política sobre Mujeres Refugiadas”, documento que tenía la intención de incluir activamente a las mujeres en todas las actividades

de la organización. Desde entonces, se ha trabajado mucho para promover la visibilidad y apoyar el empoderamiento de las mujeres. Preguntar e involucrar a las mujeres refugiadas, se está convirtiendo en una práctica general, y programas como el Kosovo Women's Initiative (KWI) facilitan la participación de las mujeres y su acceso directo a servicios, asistencia y programas de desarrollo.

Las mujeres de Kosovo han respondido de manera muy positiva a una iniciativa que les brinda los instrumentos para transformarse en sujetos de cambio. Las mujeres de Kosovo son valientes, fuertes y determinadas, a pesar de vivir todavía en una sociedad patriarcal. En la compleja realidad de Kosovo, aún se cuenta con matrimonios forzados para algunas mujeres, decididos por los padres u otros familiares. A pesar de la cruenta guerra vivida, ellas han logrado organizarse en redes de apoyo para la defensa de sus derechos. Asimismo, al término de los últimos bombardeos, las ONGs organizadas por mujeres fueron las primeras que lograron asistir a la población más necesitada, maximizando los pocos medios que tenían en sus manos.

Por otra parte, las mujeres organizadas en grupos y asociaciones locales fueron las primeras en plantear alternativas concretas de reconciliación, ya finalizada la guerra. En un Centro de Mujeres en la ciudad de Gjilan, al este de Kosovo, mujeres de la etnia serbia y de etnia albanesa por primera vez en muchos años lograron abrir juntas un centro, donde en conjunto organizan cursos de inglés, computación, corte y confección y asistencia a las personas más necesitadas. El Centro está abierto a mujeres de todos los grupos étnicos de Kosovo, y acuden a él, rom y gitanas, bosníacas, turcas y otras, además de las albanesas y serbias.

Si bien, las alternativas que han ido encontrando las mujeres de diferentes etnias no solucionan el complejo panorama político del Kosovo, a lo menos con estas iniciativas recrean nuevas relaciones no violentas y de aceptación de las diferencias, más allá de los odios y rivalidades generados por la guerra, que a lo menos les ayuda a sobrellevar la difícil tarea reproductiva que estas mujeres tienen encima. En la ciudad de Prizren las mujeres se organizaron para abrir una guardería, mientras que desde Pristina el grupo "Norma" ofrece consejos y apoyo legal gratuito a mujeres en dificultad. Las mujeres han encontrado maneras novedosas para superar su vulnerabilidad socioeconómica y al

mismo tiempo suavizar el dolor de las heridas causadas por la guerra.

Las viudas de guerra de Krusha y Vogel aprendieron a manejar los tractores para cultivar la tierra, mientras sus bordados se venden a través de la Cruz Roja. Otros grupos promueven el deporte para ayudarse y ayudar a otras mujeres a recobrar una vida normal. En la ciudad de Gjakova existe uno de los más fuertes equipos de handball femenino de la región. En Pristina el grupo "Sfinga" publica las obras de autoras femeninas de Kosovo, mientras otro grupo, llamado "La vida es mía", promueve a las mujeres artistas, organizando muestras de sus obras.

Las mujeres de este país han sufrido doblemente la guerra: han perdido parte de sus familias, sus casas, sus amistades y han sufrido también el miedo, el dolor y la humillación de la violencia y de las agresiones y la negación de su dignidad humana, mientras sus cuerpos han sido abusados y explotados. Las heridas de las violaciones y del abuso sexual no son solamente físicas y psicológicas, sino que se volvieron un estigma social, una ofensa a los hombres de la familia, quienes muchas veces "limpian" estas ofensas condenando a las víctimas al aislamiento o expulsándolas de sus familias.

La constante lucha por ser respetadas y escuchadas dentro de sus familias y de sus comunidades, empuja a las mujeres de Kosovo, como a las mujeres en otras partes del mundo, a juntarse y organizarse. La ayuda más grande y más valorada por ellas, la encuentran en sus grupos auto-organizados, en sus redes de enlace y en los centros de apoyo para mujeres en crisis.

Los largos años de *apartheid* social en Kosovo, cuando el régimen político precedente mantenía a todos los grupos étnicos separados y discriminaba a los no serbios, marcaron mucho más a las mujeres que a cualquier otro grupo social: recursos económicos limitados, falta de empleo y problemas de seguridad, obligaron a muchas mujeres de todas las etnias a recluirse en sus casas por largos años. Es impactante enterarse, a través de la escasa pero valiosísima información reunida por algunos grupos, cómo, durante ese período, el nivel educativo de las mujeres se redujo considerablemente y la calidad de los servicios de salud ofrecidos a mujeres y niños empeoró. Si las mujeres albanesas sufrieron discriminación por la aplicación arbitraria del código Kanun

—una recopilación de usos y tradiciones albanesas de la época Medieval—, otras mujeres de Kosovo también compartieron ese destino y han sido sistemáticamente excluidas de herencias y de sus derechos elementales.

Entre todas las mujeres de la región, las que viven en áreas rurales fueron aún más afectadas en sus relaciones sociales, y ahora luchan, incluso, en contra de sus mismas tradiciones culturales, para levantar su nivel de conciencia sobre los derechos de las mujeres y para mejorar su posición en la sociedad.

Promover el empoderamiento de las mujeres desde una perspectiva de género, implica transversalizar en todas las actividades, programas y proyectos esta perspectiva. Este no es un proceso simple, considerando que no hay un factor único que lleve hacia el empoderamiento de las mujeres y, considerando que este tampoco es un proceso lineal. Los grupos de mujeres en Kosovo han aprendido este hecho muy bien. Una abogada y activista de derechos humanos tuvo que buscar protección en una casa segura para mujeres, después que el esposo la había golpeado y violentado repetidamente.

A pesar de esto, hombres y mujeres trabajan juntos. Muchos hombres levantan sus voces en contra de la violencia doméstica y están conscientes de que el enfoque de género no tiene que ver exclusivamente con mujeres, sino con ambos géneros. Las mujeres quieren a los hombres a su lado para construir juntos el reconocimiento de la igualdad substancial de todos los seres humanos. La conciencia de los hombres sobre los derechos de las mujeres es tan importante como la de las mujeres mismas. En Kosovo, las mujeres tienen un papel muy difícil, pero también han ido encontrando hombres que se han aliado con ellas. Más hombres miran a las mujeres levantándose, y han decidido seguirlas. Como el caso de un hombre que fue al Centro de Mujeres en donde se hospedaban su esposa y sus hijos, a quienes él había golpeado, y pidió: “Por favor, ayúdenme a no ser un hombre violento nunca más”.